

La Calle de las Imágenes

VICENTE F. HERRASTI

Al comenzar un lúcido análisis sobre la obra del escultor suizo Alberto Giacometti, Tahar Ben Jelloun nos remite a la antiquísima y fascinante ciudad de Fez, Marruecos. En su laberíntica Medina, existe una calle que le obsesiona desde pequeño: "La Calle de un Solo Hombre". Las construcciones apenas ceden el espacio suficiente como para que una persona camine a través de sus 80 centímetros de anchura, a lo más. Ben Jelloun juega con las correspondencias y afirma que, al ver por vez primera el "Hombre Caminando" de Giacometti, con los miembros inusitadamente largos y delgados, pensó que el escultor diseñaba una humanidad a la medida de esa calle poco amable. "Hablo de ella aunque no venga a cuento y, en ocasiones, sin saber por qué". Lo cierto es que dicha obsesión no se proyecta únicamente en su apreciación de la plástica, sino que invade por entero la producción literaria del escritor marroquí. *La reclusión solitaria*, joya de la letras francófonas contemporáneas, es el mejor ejemplo de ello.

Narrador, poeta y dramaturgo, Tahar Ben Jelloun (Fez, 1944) es autor de siete novelas, entre las que destacan *El niño de arena* (1985), *La noche sagrada* (Premio Goncourt, 1987) y *El hombre quebrado* (1994). Después de pasar algunos años dedicado a la actividad docente en Tetuán y Casablanca, emigró a Francia en 1971. Entonces dio inicio a la amarga experiencia del exilio a medias voluntario, la relación mesmeriana con la soledad de los emigrantes magrebís en un París apático y racista. Cinco años más tarde, se publicó *La reclusión solitaria*, novela en que la capital francesa trasmuta hasta convertirse en una callejuela asfixiante, aún más estrecha que su similar de Fez. Si en esta última difícilmente puede transitar un hombre común, en aquella no basta con asumir la perspectiva giacomettiana; la opción para el hombre agobiado y creador consiste en transformar al ser humano, al personaje, en voz e imagen. En la calle que Ben Jelloun traza con su prosa poética, sólo tienen cabida quienes disuelven su melancolía en palabras, su cuerpo moreno e invisible —en consonancia con *El hombre invisible* del afroamericano Ralph Ellison— en la esperanza que brinda el lenguaje. El inmigrante de carne y hueso que no puede acceder a la *Calle de las Imágenes* está condenado a vivir en un baúl, a interactuar con sus botas:

Mi cuarto es un baúl en el que coloco mis ahorros y mi soledad (...) Cuando salgo a la ciudad o a la fábrica, dejo mi sexo en el baúl. Por la noche, al regresar, compro algunas patatas, aceite y hierbabuena.

Mi cama está hundida. Mi espalda está agrietada por el cansancio.

Me hago la comida en el baúl. Como y hablo con mis botas. Canto en mis botas. Grito en mis botas. También meo en mis botas.

La reclusión de Habiba, voz principal, es ajena a las cerraduras y las paredes impenetrables; los límites están definidos por una conciencia quebrada de contorno irregular que la desesperación erosiona irremediamente. En el mismo sentido, la soledad que Ben Jelloun plantea conlleva una ausencia de Dios, mujer e hijos. La lejanía respecto de la tierra natal crece incontrolablemente y la sombra del ser extranjero se extiende en todas direcciones. (Por momentos, la intención metargumental se acerca a la de Camus,

pero en sentido inverso: el francés en Argelia se invierte para conformar al magrebí en Francia. Hasta aquí las semejanzas.) La cotidianidad es ahora espectro que frustra incluso la capacidad de vivencia erótica:

Estoy limpio. Me afeité las axilas y el vientre. Mi miembro está libre. Voy al local donde están las mujeres. (...) Estoy limpio. Me cepillé los dientes. El cielo está amargo. Con las manos en los bolsillos retengo mi miembro. Siento como un gato dentro del pecho. Empujo mi soledad hacia adentro; hacia lo más hondo de mi garganta. Subo las escaleras.

¿Qué deseo?

Ella tiene los pechos caídos. No se parece a la mujer de la imagen. Tiene las manos gastadas. Ella abre las piernas mirando para otro lado. Cincuenta francos. Quince francos por la habitación y treinta y cinco por el polvo; hay que darse prisa.

Allá el árbol y el niño. Las colinas verdes bailan en mis manos. Mi sangre está caliente; late más de prisa que mi corazón. Tengo que retenerme. Me pongo entre las piernas de la mujer. Mi miembro escupe el esperma blanco sobre su vientre y entre mis dedos.

Me visto de nuevo.

Salgo a la calle.

Soy feliz.

He hecho el amor.

La mujer de la imagen. He aquí la segunda voz que el autor utiliza para acentuar los presupuestos centrales del relato, es decir, la reclusión y la soledad. Así, Ben Jelloun emprende un contrapunto que puede compararse por su función con el *aulos*, instrumento musical anterior a la época de los Césares que al soplarse producía dos sonidos simultáneos. La mujer de la imagen, *alter ego* e interlocutora, obsesiona a Habiba de la misma manera en que la calle de Fez y el trabajo de Giacometti obsesionan al escritor. Ella vive en un cartel publicitario; ha sido multiplicada por millones y el papel constituye su cenobio. Al igual que el protagonista en el baúl, la mujer permanece recluida en los carteles: el rompimiento de ambas soledades se logra por la vía de la palabra; paradójicamente, se teje un diálogo entre mudos que enfatiza la inmensa tristeza de Habiba, eterno gambusino de la dignidad más que del oro.

Entre las muchas lecturas posibles de *La reclusión solitaria*, es necesario mencionar una que no por ser accesoria resulta menos interesante: la crítica al poder autoritario que la burocracia ejerce sobre los trabajadores migratorios.

Alguien golpea en mi baúl. No es la muerte ni ninguna estrella. Son unos hombres enviados por la autoridad suprema. Quieren comprobar que tengo arrugas en la piel, rosales plantados en la lengua, durezas en las manos.

—¿Por qué se esconde usted en este baúl?

—No me escondo, vivo en él...

—No se presentó a trabajar ayer...

—Tenía mucha pena, me dejó mi mujer...

—¿No sabe usted que eso es un acto subversivo?

—Declaré mis sueños y mis ilusiones ante el quicio de la puerta; soy un ser arruinado; como una empresa que se declara en quiebra...

—¿Qué quiebra?

—La quiebra de mi locura que me ayudaba a vivir...

—¿Presentó la declaración?

—Declaré toda mi locura a la noche que me invade.

—Queda usted detenido: se le declara culpable de locura, culpable por vivir en un baúl,

culpable por haber delirado, culpable de alta subversión, culpable por hablar algarabía, se le acusa de no ser como los demás...

Estamos en presencia de otro diálogo imaginario que expone una realidad que no sólo denigra a los protagonistas; hoy más que nunca, denigra a la humanidad indolente que mira crecer la mala hierba del racismo, perdiendo la memoria de los hechos pobres (latrocinios, segregación, holocausto) atestiguados por este siglo XX embrutecido.

Cuando el lector advierte el final de la *Calle de las Imágenes*, cuando se llega a la última página, encuentra un brevísimo epílogo que da sentido pleno a esta obra fragmentaria y compleja: "Me han traicionado tanto las palabras, que este libro es un cuerpo disfrazado". Quien esto escribe, medita sobre aquello que siendo ajeno hace apenas unas horas, impele ahora a una consideración más amplia. La inmigración masiva y sus consecuencias, la indiferencia ante el dolor proveniente de las raíces huérfanas "de tierra y de bosque", cobran vigencia gracias a la narrativa de Ben Jelloun. J. M. G. Le Clézig escribió que "pocos libros nos dejan impresión tan perdurable de vida y de dolor, de verdad y de escarnio; pocos tan cercanos a la raíz de la creación." Imposible disentir.

1. Ben Jelloun, Tahar, *La reclusión solitaria*, Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Fin de Siglo, México, 1992.